

I S A A C
ASIMOV

COMPRE JUPITER



En este libro, Asimov nos ofrece 24 relatos de excelente ciencia ficción, en los que se narran unas sugestivas situaciones que tratan desde la evolución de la especie humana hasta las hipotéticas relaciones futuras entre seres de distintas galaxias.

CONTENIDO

- Introducción
- Sala de billar darwiniana (Darwinian Pool Room, 1950)*
- El día de los cazadores (Day of the Hunters, 1950)*
- El Sha Guido G. (Shah Guido G., 1951)*
- Button, Button (Button, Button, 1953)*
- El dedo del mono (The Monkey's Finger, 1953)*
- Everest (Everest, 1953)*
- La pausa (The Pause, 1954)*
- No cejemos (Let's Not, 1954)*
- Todos exploradores (Each an Explorer, 1956)*
- ¡En blanco! (Blank!, 1957)*
- ¿Le importa a una abeja? (Does a Bee Care?, 1957)*
- Asnos estúpidos (Silly Asses, 1958)*
- Compre Júpiter (Buy Jupiter, 1958)*
- Una estatua para papá (A Statue for Father, 1959)*
- Lluvia, lluvia, vete lejos (Rain, Rain, Go Away, 1959)*
- Padre Fundador (Founding Father, 1965)*
- Exiliados al infierno (Exile to Hell, 1968)*
- El detalle (Key Item, 1968)*
- El estudio adecuado (The Proper Study, 1968)*
- 2430 d. de C. (2430 A.D., 1970)*
- El mayor bien (The Greatest Asset, 1972)*
- Coja una cerilla (Take a Match, 1972)*
- Tiotimolina para las estrellas (Thiotimoline to the Stars, 1973)*
- Versos luminosos (Light Verse, 1973)*

INTRODUCCIÓN

Siempre ha sido mi costumbre, amable lector, hacerle partícipe de mis confidencias, puesto que no tengo nada que ocultar^[1]. Permítame, pues, que le cuente cómo nació este libro.

Se me pidió que asistiera como Huésped de Honor a la Boskone XI (convención de ciencia ficción celebrada en Boston del 1 al 3 de marzo de 1974), y puesto que existía la tradición de publicar, con motivo de dicha convención, una selección de relatos del Huésped de Honor, el comité organizador me pidió que reuniera algunas narraciones mías para tal propósito.

Esto me puso en un pequeño aprieto. Mis relatos de ciencia ficción los publica habitualmente esa estimada editorial, de excelente reputación, llamada Doubleday & Company, y temí que pudieran sentirse ofendidos si preparaba un libro para otros. El comité de la Boskone me tranquilizó asegurándome que sólo pretendían hacer una edición limitada, de no más de quinientos ejemplares.

Así que, cautelosamente, fui a ver a Lawrence P. Ashmead, editor jefe de Doubleday, y le pregunté si había algún inconveniente en que accediera a la petición, señalando que usaría unos pocos relatos que no habían aparecido en ninguna de mis colecciones publicadas por Doubleday. Larry, el más amable de los hombres, me dijo: «Por supuesto, Isaac, no hay ningún problema.» Así que me puse a ello.

El resultado fue un librito titulado *Have You Seen These?* (The Nesfa Press, 1974), compuesto de ocho relatos. Estaba previsto que se publicara justo antes de la Boskone

XI, donde sería vendido a los asistentes... ¿Hace falta que les diga que los avatares del juego editorial hicieron que el libro no estuviera listo sino justo *después* de la convención? Con lo que, lógicamente, tuvo una difusión aún menor de la prevista.

Pero allí estaba Larry, cuya amabilidad encubre una insólita astucia editorial.

Eventualmente, me preguntó: «¿Ya ha salido aquel librito de que me hablaste, Isaac?»

«Oh, sí», contesté con una sonrisa (pues siempre me produce un ingenuo placer hablar de mis libros), y la siguiente vez que nos vimos le di un ejemplar.

Mientras lo hojeaba, dijo: «Qué pena que estos relatos no tengan una mayor difusión. ¿No podría hacer Doubleday una nueva edición?»

Le expuse una objeción insuperable: «Sólo tiene veinte mil palabras, Larry.»

Y Larry replicó: «En ese caso, añade más relatos.» (¿Cómo no se me había ocurrido a mí?)

Luego me comentó que Doubleday tenía el propósito de publicar, eventualmente, todas mis narraciones en una colección u otra. No estoy seguro de que sea una buena idea, pues hay que reconocer que algunos de mis relatos no son tan buenos como otros, e incluso puede que haya unos cuantos que no merezcan realmente la inmortalidad.

Larry (que es más partidario de Asimov que yo) desechó riendo esta objeción. Señaló que 1) ningún relato parece malo a todos los lectores, 2) ningún relato de Asimov puede ser realmente malo, y 3) todos mis relatos, buenos o malos, tienen interés histórico.

(Este último punto me desazona un poco. Tengo la sensación de ser un monumento nacional en el mundo de la ciencia ficción, y de que los lectores jóvenes se sorprenden —e incluso se indignan— al descubrir que estoy todavía vivo.)

Así que me puse a ello (¿quién puede resistirse a la resplandeciente mirada de Larry?) y añadí relatos hasta un total de veinticuatro. La mayor parte no son largos (unas veinticinco mil palabras por término medio), no han sido publicados en ninguna de mis antologías anteriores, y los he dispuesto en orden cronológico.

Quienes hayan leído mis libros *Before The Golden Age* (Doubleday, 1974) y *The Early Asimov*^[2] (Doubleday, 1972), sabrán que constituyen una especie de autobiografía literaria hasta 1949, el año en que vendí mi primer libro a Doubleday y me trasladé a Boston para incorporarme a la Boston University School of Medicine.

En este libro también añado comentarios biográficos a los relatos. En parte a causa de las muchas cartas de lectores que me dicen que el comentario es «a menudo más divertido» que el propio relato. (¿Será esto un tributo a mi encanto coloquial o un menosprecio de mi talento como fabulador?) Y en parte también para neutralizar la insistencia de algunos editores (hey, Larry) que me piden que escriba una autobiografía... de larga extensión y discutiendo cada aspecto.

Yo insisto en que no hay en mi vida otro aspecto que el de escritor, y que nunca me ha sucedido nada digno de mención, pero no me hacen caso. Pero si cuento lo suficiente de mi autobiografía en estos libros...

Durante la mayor parte de los años 40 escribí exclusivamente para John Campbell y su revista, *Astounding Science Fiction*. Hasta tal punto era así, que llegué a temer que si algo le ocurría al director o a la revista, se acabaría mi carrera de escritor.

Vendí mi primera novela de ciencia ficción, *Pebble In The Sky* (*Un guijarro en el cielo*), a Doubleday, y fue publicada el 19 de enero de 1950, menos de tres semanas después de mi trigésimo cumpleaños; pero esto no me tran-

quilizó demasiado. No estaba seguro de poder repetir la hazaña, y sólo me sentía a mis anchas con las ventas de relatos a *Astounding*, a las que me había ido acostumbrando a lo largo de los once primeros años de mi carrera literaria.

En la década de los 50, sin embargo, se produjo una rápida expansión en el mercado de las revistas de ciencia ficción, y pronto me convertí en beneficiario de este fenómeno.

Una de las nuevas revistas, que empezó a gestarse en 1950, fue *Galaxy Science Fiction*. Sería dirigida por Horace L. Gold, cuyas narraciones había yo leído y admirado, y me sentí muy halagado cuando me pidió un relato para el primer número, que, naturalmente, deseaba lanzar con el máximo nivel de calidad posible.

El problema era que el plazo que me dio fue muy corto. Necesitaba el relato en una semana, y yo estaba realmente nervioso con la idea de escribir para alguien que no fuera John Campbell. Después de todo, yo no tenía la menor idea de lo que podía gustarle a Horace, mientras que John y yo habíamos llegado a adaptarnos el uno al otro como el yin y el yan.

Lo intenté, sin embargo, y escribí *Sala de billar darwiniana*. Horace lo aceptó, aunque sin notable entusiasmo, y tuve la desagradable sensación de que se lo había quedado sólo porque necesitaba urgentemente algo para su primer número, que salió en octubre de 1950.

Puedo asegurarles, basándome en la experiencia personal, que la sensación de vender un relato exclusivamente por la firma de uno o por hallarse el editor en una situación desesperada, es mucho peor que un rechazo (a no ser que uno tenga una acuciante necesidad de dinero, supongo).

Me ofrecí a escribir un segundo relato para Horace, y así lo hice^[3]. Horace lo aceptó también y lo publicó en el segundo número, de noviembre de 1950. Esta vez no estaba en un apuro, y podía permitirse el lujo de ser selectivo, por lo que me sentí muy aliviado cuando aceptó el relato...

aunque no pude evitar darme cuenta de que de nuevo lo aceptaba sin notable entusiasmo.

Gradualmente, al pasar los meses y los años, acabé dándome cuenta de que Horace *nunca* aceptaba un relato con notable entusiasmo. (Y sus rechazos eran realmente bruscos, tan bruscos que perdió muchos escritores que se negaron a tolerar el tipo de vituperaciones con que acompañaba sus rechazos.)

En cualquier caso, comprobé que mi angustia con respecto a *Sala de billar darwinia* había sido innecesaria. Tal vez no fuera mi mejor relato, pero Horace estaba todo lo satisfecho que podía estar con cualquier narración, que no era mucho, por cierto.

La importancia de *Sala de billar darwinia*, en lo que a mí respecta, estriba en que, junto con *Pebble In The Sky*, supuso el comienzo de mi diversificación a nivel editorial, y el final de mi dependencia exclusiva de John Campbell (aunque en absoluto el final de mi intensa gratitud hacia él).

ISAAC ASIMOV

A todos los editores cuyas carreras se cruzaron, en uno u otro momento, con la mía. Todos fueron excelentes compañeros, del primero al último.

SALA DE BILLAR DARWINIANA

—*Por supuesto*, la concepción ordinaria del *Génesis*, 1 está equivocada de pies a cabeza —dije—. Considerad una sala de billar, por ejemplo.

Mentalmente, los otros tres se situaron en una sala de billar. Estábamos sentados en unas destrozadas sillas giratorias del laboratorio del doctor Trotter, pero no suponía problema alguno el convertir las mesas del laboratorio en mesas de billar, los altos soportes circulares en tacos, las botellas de reactivos en bolas y luego disponer limpiamente la cuestión completa ante nosotros.

Thetier llegó al extremo de levantar un índice, cerrar los ojos y murmurar por lo bajo:

—¡Sala de billar!

Como de costumbre, Trotter no dijo nada, pero se puso a acariciar su segunda taza de café. También como de costumbre, el café estaba horrible; aunque lo cierto es que yo era nuevo en el grupo y todavía no se me había encallecido bastante la pared interior del tubo gástrico.

—Ahora considerad el final de una partida de billar de tronera —dije—. Tenéis todas las bolas, menos la del taco, por supuesto, en una tronera determinada...

—Espera un poco —interrumpió Thetier, siempre purista—, ¿no importa en qué tronera con tal de que las pongas en un cierto orden, o...?

—No hace al caso. Terminada la partida, las bolas están en diversas troneras. ¿De acuerdo? Ahora supongamos que entráis en la sala de billar cuando la partida ha terminado definitivamente y observáis tan sólo esa posición final, y

luego tratáis de reconstruir el curso que siguieron los acontecimientos. Evidentemente, tendréis cierto número de alternativas.

—Si conoces las reglas del juego, no —objetó Madend.

—Supón que las ignoras por completo —dije—. *Puedes suponer que las bolas fueron a parar a las troneras al ser golpeadas por la del taco, la cual, a su vez, recibió el impacto de éste. Ésta sería la verdad, pero no es muy probable que se te ocurriese espontáneamente esta explicación. Porque es mucho más probable que supusieras que las bolas habían sido colocadas a mano, una por una, en las respectivas troneras, o que las bolas hubiesen estado eternamente en las troneras tal como las encontraste.*

—Muy bien —observó Thetier—, si vas a retroceder hasta el *Génesis*, asegurarás que, por analogía, podemos explicarnos el universo bien como algo que ha existido siempre, bien como que ha sido creado arbitrariamente tal como está ahora, bien como que se ha perfeccionado gracias a la evolución. Y entonces, ¿qué?

—Ésa no es, en modo alguno, la alternativa que voy a proponer —dije yo—. Aceptemos el hecho de una creación con una finalidad y consideremos solamente los métodos que pueden haber servido para dicha creación. Es muy fácil suponer que Dios dijo: «Hágase la luz», y que la luz fue hecha; pero no es estético.

—Es sencillo —comentó Madend—, y cuando hay distintas posibilidades lo lógico es escoger la más sencilla.

—Entonces, ¿cómo es que no terminas la partida poniendo las bolas en las troneras a mano? Eso es más sencillo, pero no es estético. Por otra parte, si empezases con el átomo primigenio...

—¿Qué es eso? —preguntó Trotter.

—Pues toda la masa-energía del universo comprimida en una sola esfera, en un estado de entropía mínima. Si hicieras estallar esa masa de tal forma que todas las partículas constitutivas de la materia y los cuanta de energía al ac-

tuar, reaccionasen e interactuasen, ¿no resultaría un proceso mucho más satisfactorio que el simple hecho de mover la mano y decir: «Hágase la luz»?

—Quieres decir —intervino Madend—, como si se disparase la bola del taco contra las otras y se mandara las quince bolas, sin excepción, a las troneras que tenían destinadas de antemano.

—Formando una bonita combinación —respondí—. En efecto.

—Hay más poesía en la idea de un tremendo acto directo de la voluntad —aseguró Madend.

—Eso depende de si miras la cuestión como un matemático o como un teólogo —objeté—. En realidad el Génesis, 1 se podría modificar de forma que encajase con el esquema de las bolas de billar. El Creador se habría podido pasar el tiempo calculando todas las variables y todas las relaciones en seis ecuaciones descomunales. Cuenta un «día» para cada ecuación. Después de haber aplicado el impulso explosivo inicial, habría «descansado» en el séptimo «día», y este séptimo «día» sería todo el intervalo de tiempo desde el citado comienzo hasta el año 4004 a. de C. Ese intervalo, durante el cual se va perfilando esa compleja trama de bolas de billar, no les interesa para nada, evidentemente, a los redactores de la Biblia. Los miles de millones de años que comprende se podrían considerar meramente como el desarrollo del singular acto de la creación.

—Estás postulando un universo teológico —dijo Trotter—, en el que va implicado un propósito.

—Claro —respondí—, ¿por qué no? Un acto creador consciente sin objetivo es ridículo. Por otra parte, si intentas considerar el curso de la evolución como la resultante ciega de unas fuerzas sin objetivo alguno, topas con unos cuantos problemas realmente desconcertantes.

—¿Por ejemplo? —inquirió Madend.

—Por ejemplo —respondí—, la extinción de los dinosaurios.

—¿Qué gran dificultad encierra la comprensión de ese fenómeno?

—No hay razón lógica que lo explique. A ver si puedes decirme alguna.

—La ley de disminución del rendimiento —contestó Mendend—. Los brontosaurios llegaron a ser tan voluminosos que se precisaban unas patas como troncos de árboles para sostenerlos, con lo cual tenían que permanecer en el agua y dejar que el empuje del líquido hiciera la mayor parte de la tarea. Además, tenían que estar comiendo continuamente para disponer de la cantidad necesaria de calorías. He dicho *continuamente*, en sentido literal. En cuanto a los que comían carne, en la carrera que emprendieron unos contra otros, todos hubieron de cargarse con tales armaduras, ofensivas y defensivas, que eran unos pesados tanques que se arrastraban bajo toneladas de huesos y escamas. La cosa llegó a tal extremo que, simplemente, no podía continuar.

—Muy bien —repliqué—, y de este modo perecieron las criaturas enormes. Pero la mayoría de los dinosaurios eran animales pequeños y veloces que no habían adquirido ni una masa ni una armadura excesivas. ¿Qué les sucedió?

—Por lo que respecta a los pequeños —puntualizó Thetier—, hay que tener en cuenta la competencia. Si algunos reptiles adquirieron pelo y sangre caliente, pudieron adaptarse con mayor eficacia a las variaciones del clima. No tuvieron que soportar directamente los rayos del sol, ni se volvieron lentos y torpes cuando la temperatura descendía por debajo de los veintiséis grados centígrados. No tuvieron que aletargarse durante el invierno.

—La explicación no me satisface —dije—. En primer lugar, no creo que los diversos saurios estuvieran en una situación tan desfavorable. Ya sabes, resistieron unos trescientos millones de años, cifra que supera en 298 millones

a la que el género *Homo* tiene en su haber. En segundo lugar, continúan viviendo animales de sangre fría, notablemente insectos y anfibios...

—Capacidad de reproducción —objetó Thetier.

—Y también algunos reptiles. Serpientes, lagartos y tortugas se lo pasan bastante bien, gracias a Dios. Y, para el caso, ¿qué me dices del océano? Los saurios se adaptaron a él bajo la forma de ictiosaurios y plesiosaurios. Pero éstos desaparecieron igualmente, sin que hubiera formas de vida recién aparecidas y fundadas en adelantos radicales de la evolución para competir con ellos. Yo diría que la forma más elevada de vida en el océano son los peces, los cuales datan de fechas anteriores a la de los ictiosaurios. ¿Cómo te lo explicas? Los peces tienen la sangre fría, como ellos, y son todavía más primitivos. Además, en el océano no existe el problema de la masa y la disminución del rendimiento, puesto que el trabajo de sostén corre por cuenta del agua. La ballena de las profundidades es mayor que cualquiera de los dinosaurios que han existido... Y otra cosa, ¿a qué viene hablar de la ineficacia de la sangre fría y de que a temperaturas inferiores a los veintiséis grados centígrados los animales de sangre fría se vuelven lentos? Los peces se lo pasan divinamente a temperaturas constantes poco superiores a los cero grados centígrados, y en verdad que no se puede acusar de perezoso ni lento a un tiburón.

—Entonces, ¿por qué se largaron calladamente de la Tierra los dinosaurios, sin dejarnos más recuerdo que sus huesos? —preguntó Madend.

—Formaban parte del plan. Cuando hubieron cumplido su cometido, fueron innecesarios y, por consiguiente, se prescindió de ellos.

—¿Cómo? ¿Fue una catástrofe velikovskiana? ¿Por el impacto de un cometa? ¿Por el dedo de Dios?

—No, por supuesto que no. Se extinguieron natural y necesariamente, de acuerdo con el cálculo previo original.

—Entonces deberíamos ser capaces de encontrar cuál fue esa causa natural e inevitable de extinción.

—No necesariamente. Pudo tratarse de un oscuro fracaso de la bioquímica sauriana, de una deficiencia vitamínica que fue cobrando terreno...

—Me parece demasiado complicado —replicó Thetier.

—Lo parece, nada más —sostuve yo—. Supongamos que fuera preciso mandar a la tronera una bola de billar mediante un golpe a cuatro bandas. ¿Te preocuparía el relativamente complicado curso de la bola golpeada por el taco? Un golpe directo resultaría menos complicado, pero no resolvería nada. Y a pesar de la complicación aparente, el golpe indirecto no ofrecería mayores dificultades que el otro a un buen maestro. Seguiría significando un solo movimiento del taco, aunque en otra dirección. Las propiedades corrientes de los materiales elásticos y las leyes de conservación del impulso mecánico entrarían en acción y se encargarían de lo demás.

—Según creo entender —dijo Trotter—, tú sugieres que el curso de la evolución representa el camino más sencillo por el que se podía progresar desde el caos primitivo hasta el hombre.

—En efecto. No cae ni un solo gorrión sin una finalidad determinada, ni tampoco un pterodáctilo.

—¿Y adónde vamos, partiendo del momento presente?

—A ninguna parte. La evolución termina al aparecer el hombre. Las antiguas reglas no siguen en acción.

—¿Ah, no? —exclamó Madend—. Con esto niegas la posibilidad de que se sigan produciendo variaciones y mutaciones en el medio ambiente.

—En cierto sentido, sí —ratifiqué—. El hombre gobierna su medio ambiente cada día más, y cada día comprende mejor el mecanismo de las mutaciones. Antes de la aparición del hombre, las criaturas no podían prever los cambios de condiciones del clima, ni podían protegerse contra ellos. Tampoco podían comprender el peligro creciente que re-